

BIBLIOGRAFÍA

La biblioteca del Ateneo en fecha reciente se ha visto favorecida con el valioso obsequio de don José Claret y Rubira, distinguido Arquitecto, que ha hecho donativo a este Centro «amable y acogedor», de su importantísima artística y documentada de su obra que titula «*Muebles de estilo inglés y su influencia en el exterior desde los Tudor hasta la Reina Victoria*», publicada con el esmero y perfección, que dicha producción requiere, por la «Editorial Gustavo Gili, S. A.» a principios del corriente año.

Al agradecerle desde estas columnas de la «REVISTA DE MENORCA» tan importante donativo, réstanos felicitarle por esta tan importante producción que ha merecido los más calurosos elogios de los entendidos en la materia. Permítanos su autor de que no formulemos sobre la misma juicio crítico alguno, que desde luego hemos de confesar, sería, como todos, altamente elogioso y menos aún después del emitido por el Excmo. Sr. Marqués de Lozoya, verdadera autoridad en la materia, que como prólogo figura en primer lugar en dicho libro y que nos permitimos copiar a continuación por la importancia que representa tan destacada personalidad.

*
* * *

«Desde que se viene estudiando mejor la evolución del mobiliario y de los pequeños objetos que lo complementan: porcelanas, bronces y tantas otras cosas que son la gala y la riqueza del hogar, nos parece que conocemos de un modo más exacto el espíritu de cada época. En las viejas crónicas se narraban tan sólo las gestas de los reyes, las hazañas de los guerreros, estruendos de batallas, bodas y acuerdos entre príncipes, y los personajes, fijos en sus gestos estatuarios, aparecían más como héroes de tragedia que como seres que vivían una vida análoga a la nuestra. A veces, un abanico o una joya nos dicen más que un capítulo grandilocuente de historia. Para conocer el más íntimo sentido del reinado de Felipe II hablan con mayor elocuencia las estancias del palacio escurialense, con sus muebles austeros, sus retabillos devotos y sus dibujos de Historia Natural, que los capítulos marmóreos de Cabrera de Córdoba. Las cosas que llevan la huella del trabajo humano; por entre las cuales han transcurrido las jornadas alegres o trágicas de muchas vidas; que han sentido el contacto de muchas manos y se han humedecido de lágrimas, llegan a estar como penetradas de humanidad y, a quien sabe escucharlas, cuentan muchos secretos de los que fueron sus dueños, que hace tiempo que duermen olvidados el sueño de la muerte.

Por esto no es el estudio del mobiliario y de las demás artes suntuarias un mero divertimento sin transcendencia, sino que hay en él tanta historia como en los incunables y en los códices.

Los muebles son como pequeños edificios cuya frágil arquitectura está sujeta a las mismas reglas de proporción y adaptación al fin utilitario y al canon humano que las grandes construcciones de piedra o de ladrillo. Como en una casa o en un templo, cada elemento del mueble ha de tener su razón de ser. Por esto, en realidad las formas esenciales son tan escasas y han variado tan poco a lo largo del tiempo, aun cuando sea casi infinita la diversidad de los aditamentos ornamentales que los cambios del

gusto han ido sugiriendo. La necesidad hizo que se inventasen, en los albores de la Historia, lechos y mesas, arcas y bancos, y millares de siglos no han conseguido variar sus formas elementales. Ellos son los mismos, como los hombres que los utilizaron son los mismos aun cuando vistiesen de tan extraña manera. Hay tipos que llegan pronto a su perfección y que no se pueden ya modificar. Los hombres han podido inventar la radio, la aviación o el cinema, pero no han podido discurrir un modelo de silla que difiera esencialmente de los que han aparecido en las tumbas egipcias, treinta veces seculares.

Este interés humano que el mueble nos inspira hace que recibamos con regocijo la magnífica publicación del arquitecto don José Claret Rubira y más aún la promesa, que se apunta en la introducción, de nuevas monografías sobre mobiliario español. No con el criterio del ama de casa que espera nuevos modelos que copiar en su salón o en su comedor (aun siendo este deseo muy plausible), sino con la avidez de quien necesita de estos datos para el mejor conocimiento de la cultura hispánica. El mueble español está por estudiar. Conocemos mal las características de la versión española de los estilos europeos y apenas hay datos de artífices y de fechas de encargos que permiten enjuiciar con seguridad. Esperamos el resultado de las rebuscas de los eruditos, pero entre tanto es buen camino el que nos señala don José Claret: el conocimiento previo, en su tipología originaria, de aquellas corrientes que penetraron en nuestra patria como en todas partes y recibieron un acento español.

En la historia del arte, y mucho menos en la de las artes suntuarias, no es posible ser nacionalista, porque las corrientes estéticas no tienen fronteras, a lo menos entre los países de cultura occidental. A España llegan, como a todas partes estas grandes corrientes internacionales y en nuestro suelo reciben la huella de la poderosa personalidad hispánica. En cuanto al mobiliario, España rara vez crea los tipos originarios porque en el fondo del alma hispánica late siempre algo del espíritu del oriente, que con-

sidera al hombre como un viajero sobre la tierra, que no necesita del bagaje embarazoso de un menaje excesivo. España deja a otros pueblos, que tienen puesto su afán en lo contingente y perecedero, el cuidado de inventar aquellas cosas que hacen más grata la vida, y se limita a adaptar los modelos que le llegan de fuera a su gusto, a la vez austero y ostentoso, que simplifica las formas sin perjuicio de recargar, a veces, el ornato. Aun aquellos muebles que estimamos como más castizos, nos han venido de allende el Pirineo y no tienen de hispánico sino el acento. Hacia el 1914 algunas damas aristocráticas inventaron un tipo de mobiliario que llamaron «el estilo español», con unos bargueños cuyo modelo nos vino de Flandes, unos sillones fraileros que tienen su origen en la Italia del Renacimiento y unas lozas de Talavera cuya genealogía hay que buscar en los alfares de Urbino.

Dentro de la historia del mobiliario español, el tema escogido por el señor Claret Rubira no puede ser más sugestivo. En la historia cuyos lugares comunes vienen rodando desde hace un siglo de mano en mano suele afirmarse que el siglo XVIII representa, en la cultura española, el triunfo del patrón francés. El problema es, en realidad, mucho menos sencillo. Debajo de la feble apariencia de una moda que sólo a ciertos estamentos de la sociedad atañe, late el recio casticismo español, pronto a resurgir en cuanto se le depare ocasión propicia, como lo fró la guerra de 1798 contra la República francesa, preludio de la guerra de la Independencia. Vienen aires de fuera, pero no siempre del lado de Francia. Es Italia y no Francia la que nos envía arquitectos para los palacios reales y el barroco alemán aun más que el francés se refleja en obras como el transparente de la catedral de Toledo, de Narciso Tomé. Inglaterra sabe crear en este tiempo un tipo de mobiliario cuya sencillez majestuosa se adapta más al gusto español que los primores de la ebanistería de los Luises. Y este tipo de muebles influye más en el menaje de las casas españolas que las creaciones de los mueblistas de la Corte de Versalles. Y es curioso que

el mueble inglés españolizado haya venido a ser como el prototipo de lo castizo en el siglo XVIII. Cuando en la segunda mitad del siglo pasado, Fortuny pone de moda los temas dieciochescos, en los cuadros innumerables que quieren evocar esta época de la vida española, los personajes utilizan muebles que no son sino formas del Chippendale. Algo parecido sucede en Portugal, donde se llama *João V grosso* al Reina Ana y *João V magro* al Chippendale.

Las influencias inglesas en el arte español no han sido muy extensas a lo largo de la Historia. Apenas algún arco de traza normanda señala el reinado de Leonor Plantagenet y, en los siglos XIII y XIV, algunos primorosos bordados ingleses vienen a ser gala de nuestras catedrales. A fines de esta centuria penetran por las Españas, como por todo el occidente, las tracerías flamígeras y las bóvedas de complicada curvatura de origen británico. Apenas si el nombre de Jorge Inglés viene a figurar entre la turbamulta de artifices norteños que invade España en los siglos XV y XVI. Imágenes—a veces retablos enteros—de alabastro dorado y policromado a uso de Inglaterra vienen a ser gala de nuestras iglesias. Después de la reforma, los marinos isleños que arriban a nuestros puertos hacen en ellos un comercio más o menos clandestino con los despojos de las iglesias arrasadas por la furia reformista.

En la segunda mitad del siglo XVIII lo inglés se pone en moda aun en la misma Francia. Al principio, los muebles y las telas de Inglaterra, en pugna siempre con la España borbónica, entran subrepticamente, de contrabando, lo cual los hace más estimados. Luego, desde que la guerra con la República francesa los convierte de enemigos en aliados, el comercio se hace libremente a la faz del día y los navíos que se llevaban a las islas la lana de nuestros merinos traían cargamento de relojes de Taylor y de Evans con su sonería conmovedora, porcelanas de Wedgwood, vajillas de fina y dura loza color hueso, sillones o mesas «Chippendale» o «Seraton». Dos son los principales caminos de la in-

roducción del mueble inglés en España: Cádiz, la ciudad neoclásica de los ricos armadores que al enviar a Inglaterra sus caldos de Jerez cuidaba de que los navíos no volviesen de vacío, y Menorca, tantas veces ganada y perdida. Cuando al cabo la isla vino a ser para siempre española, no quedó casa sin reloj de sonería y algún mueble que en sus líneas tranquilas y en su excelente ensamblaje recordase a la próspera Inglaterra de los Hannover. Luego, el «Sheraton» influye más que el Luis XVI en nuestro «Carlos IV» tan rico en forma y de tan excelente menestralía. Las sillas de respaldo calado en forma de lira o de haz de flechas, los asientos de rejilla, con patas en forma de carcax, las formas ligeras y graciosas de librerías y consolas vienen a completar con las porcelanas del Retiro y las sedas floreadas de Valencia el delicioso ambiente de las «Casitas del Príncipe» en los sitios reales. Y, persistiendo en adaptaciones populares, los estilos ingleses del siglo XVIII tienen en nuestra patria una larga supervivencia a lo largo del siglo XIX.

Aun cuando el libro de Claret Rubira se centre en el mueble inglés, el autor nos brinda, en un breve resumen del mobiliario de la antigüedad, el origen de las formas fundamentales. También es pertinente su resumen preliminar de las Historia de Inglaterra, útil para encuadrar los diversos tipos en su marco histórico. Viene después la descripción minuciosa de las características de cada uno de los estilos isleños a partir del Renacimiento: el «Tudor-Estuardo», el «Reina Ana», el «Chippendale», el «Sheraton», con sus derivaciones coloniales y provincianas, deteniéndose, sobre todo, en el estilo «menorquín inglés», que tan bellas soluciones ofrece. Una profusión de dibujos—algunos millares—de gran precisión y belleza, dan a la exposición claridad extraordinaria. Y repasando este extenso repertorio, podemos señalar el origen de muchos muebles que hemos encontrado en casonas perdidas en las aldeas de Castilla o en las montañas del Norte.

Rindamos el homenaje de nuestra gratitud y de nuestra ad-

miración al erudito artista que ha realizado labor tan ingente, que ha venido a poner un poco en orden una materia en España punto menos que virgen. Y hagamos votos por la continuidad de una obra de tanto provecho para la cultura patria».

EL MARQUES DE LOZOYA
